

RESEÑAS

CLARA E. LIDA y JOSÉ ANTONIO MATESANZ, *El Colegio de México: una hazaña cultural 1940-1962*. Con la participación de Antonio Alatorre, Francisco R. Calderón y Moisés González Navarro. El Colegio de México, México, 1990; 395 pp. (*Jornadas*, 117).

Un pequeño libro sin desperdicio. Si me viera precisado a decir qué es esta obra, no vacilaría en afirmar lo anterior. Pero como tengo que llenar más espacio o tiempo, debo confirmar mi aseveración con hechos, con ejemplos, con reflexiones. Clara E. Lida y José Antonio Matesanz han probado en éste y otros trabajos, como el antecedente directo sobre *La Casa de España en México*, así como lo que ha publicado cada uno por sí, ser dueños de muy buenas plumas, y no sólo lo demuestran con su elegancia y corrección estilísticas sino con muchos hallazgos, buenos cierres de párrafo, muy logrados finales de capítulo, frases certerísimas, en fin, el libro no se cae ni con lo escrito por los autores ni mucho menos con los breves relatos de los tres huéspedes. Y digo mucho menos, no porque Alatorre, Calderón y González Navarro escriban mejor que Matesanz y Lida, sino porque siempre lo evocado se escribe mejor que lo reconstruido. No obstante voy a decir algo que en rigor no tiene sentido, pero que aspira a ser una metáfora propositiva para los buenos historiadores: expresar nostalgia por lo no vivido. Si bien en Clara Lida lo no vivido es a medias, dado que su padre es uno de los héroes de esta historia y en algo es testiga presencial, aunque limitada en la medida de no ser protagonista sino descendiente. Y José Antonio, más lejano, se relacionó con la institución objeto de esta historia poco después del año final de este libro. Es decir, los autores reconstruyeron, pero tal vez por tratarse de algo tan familiar y a lo que le tienen tanto cariño, expresan esa nostalgia de lo no vivido, que hacen sentir al lector, que desde luego participa de ella.

Se trata, pues, de una historia de El Colegio de México, institución nacida de la experiencia de La Casa de España en México, a su vez nacida de la circunstancia trágica de la Guerra Civil española, y por

ello, instituciones —Casa y Colegio— derivadas de otras que hicieron brillar la nueva educación española del siglo xx, como la Institución Libre de Enseñanza, el Instituto Escuela, la Residencia de Estudiantes y, en suma, todo ese conjunto donde formaron o se formaron muchos de los transterrados que en México seguirían dedicados a la educación en sus distintos niveles, desde los elementales hasta los de la investigación erudita y creativa. Por cierto, cabe expresar la sugerencia de que sería interesante emprender un trabajo sobre esos antecedentes institucionales educativos españoles que derivan en México no sólo en El Colegio, sino en las escuelas que todos conocemos y en la gran renovación docente que tuvo lugar a partir de 1938 en la UNAM y otros centros de educación superior del país.

Volviendo al libro, se trata de la trayectoria de la institución, desde su fundación hasta el parteaguas que significa 1962, es decir, el momento en el que El Colegio es facultado para otorgar títulos y grados de tipo universitario. Este corte cronológico, como todos los de su índole, puede tener y no tener exactitud. Representa dicho cambio un horizonte distinto al de la primera etapa, la que tuvo en Alfonso Reyes a su principal motor o “dióscuro mayor”, de acuerdo con el lenguaje propio de los iniciados que ya conocen o el libro o la *petite histoire* de El Colegio. En efecto, aunque don Alfonso murió en 1959 y desde ese año don Daniel Cosío Villegas asumió la dirección, no fue sino hasta 1962 cuando cristalizó la renovación planteada por Cosío. En suma, esta historia es la del Colegio original, la del que experimentó diversas formas, del que trabajó a veces con el sistema de ensayo y error, del que creó y eliminó centros y programas, y del que siempre inició investigaciones y publicaciones de altísimo nivel que le permitieron ganarse el prestigio del que ha gozado con justicia.

Clara y José Antonio, reconstructores-evocadores, hacen y no hacen historia institucional, hacen y no hacen microhistoria, se meten y no se meten en historia de las ideas. No quiero decir con ello que hagan cosas a medias, sino absolutamente a completas. Quiero decir, en cambio, que le dan al lector historia institucional, de las ideas y microhistoria, sin que prive sólo una de ellas, aunque la primera sea la que da la estructura al trabajo. No es una microhistoria, como el célebre texto de Luis González “La pasión del nido” (1976), ni tampoco una reducción de la contribución del Colegio al desarrollo de las ideas literarias, filosóficas, historiográficas o sociológicas, lo cual también podría hacerse dentro de las tradiciones asimismo colegiales. Afortunadamente participa de las tres vertientes, de las cuales nos da elementos que nos permiten intuir cosas más allá de lo que estrictamente trae el libro. No se trata de leer entre líneas sino de usar el magín para suponer al menos qué más pudo haber pasado si tal cosa o tal otra se hubieran dado de tal modo. Esto no es especulación en el vacío. Los autores son los culpables de que el lector piense así. Por ejemplo, cuando se preguntan

por qué José Gaos no creó un Centro de estudios filosóficos sino que se contentó con un Seminario. En lugar de quedarnos con un simple “porque así fue”, a las especulaciones de los autores se deben sumar las de los lectores.

Pero vayamos en orden. Con una lógica que comparto, los autores parten de lo general para pasar luego a lo particular y concluir de nuevo con la recuperación del conjunto. Lo general es el origen, los problemas financieros, la circunstancia promisorio del cardenismo frente a la hiperrealista del avilacamachismo, que se traduce en realidades presupuestales, que a su vez nos hacen pensar en el traído y llevado *ogro filantrópico*; en suma, ahí está la obra de los dos “dióscuros”, que permite pasar a los particulares, los centros, comenzando por el de Estudios Históricos, el de Estudios Sociales y el de Filología, además del Seminario de Historia del Pensamiento en Lengua Española y la empresa de la *Historia moderna de México*.

Historia contraria a la de los partidarios de lo colectivo frente a lo individual, este relato está llevado por la buena guía de los héroes. Después de los dioses mayores, Reyes y Cosío, vienen los númenes tutelares de los centros y seminarios: Silvio Zavala en Historia, José Medina Echeverría en Sociología, Raimundo Lida en Filología, el citado Gaos en el Seminario y don Daniel en la *Historia moderna*. Como en la mitología clásica, estos dioses mayores no estaban solos. Junto con ellos había otros de enorme dimensión: Iglesia, Miranda, Millares, Muedra, Altamira y aquí cabe colocar un *et al.*, para no llevar la nómina a consecuencias extremas. Los directores de centros fueron sus respectivas *almas* y les dieron, como consecuencia, su perfil, su estructura, su dimensión. Fue así a tal grado, que sus ausencias resultaron determinantes, como también lo fue la distribución del presupuesto, para que los que creen que la historia es como la contó Carlyle no piensen que no puede ser como la expresó Marx. Realidad estructural, económica, e individualidades destacadas ayudan a explicar esta historia. Se fue Medina y se acabó su centro; don Silvio caminó hacia la diplomacia y ya no hubo estudiantes de historia; Lida emigró a Harvard y Alatorre canalizó sus esfuerzos a que no decayera la excelencia de la NRFH ni que dejaran de aparecer magníficos libros de temas lingüísticos y literarios, además de trabajar como *ensor* tanto de *Historia Mexicana* como de la *Historia moderna*. Finalmente, las instituciones las hacen vivir las personas y de lo que se trata es de que haya habido las posibilidades de conjuntar a esas personas fieles a sus compromisos tanto con la institución como con sus respectivas disciplinas de estudio. Parece que había una conciencia clara de que si puedo hacer lo que más quiero hacer en la vida es porque lo hago aquí, por lo tanto, debo velar por la permanencia de este lugar.

Esos individuos, con ese compromiso, hicieron posible que El Colegio viviera sus primeros 22 años con logros que los llevaron a la plenitud, pero también con zozobras y precariedades. Su México era un país

que no había invertido su dinero en la inteligencia, en profesionalizarla, de ahí que los fundadores y sus seguidores fuesen tan conscientes de que podían ser borrados de un plumazo por el ogro que decidiera ya no seguir siendo filantrópico. Y de hecho, si no hubiera habido el financiamiento alterno, principalmente de la Fundación Rockefeller, tal vez el barco hubiera naufragado.

En otro orden de ideas, si bien los autores y los evocadores siempre expresan su veneración a la institución y transmiten su ejemplaridad, no se ciegan ante sus imperfecciones o sus miserias, tanto estructurales como humanas. A menudo se plantean las dualidades: Cosío y Reyes, con dos ideas distintas del proyecto colegial; otra vez Cosío, ahora frente a Medina Echeverría, también con proyectos distintos sobre el centro de estudios sociales. Uno insistente en formar intelectuales orgánicos y el otro hombres de pensamiento; en *Historia*, el apolíneo Zavala frente al dionisiaco Iglesia. De nuevo Reyes/Cosío: en el primero la generosidad para que los escritores tuvieran de qué vivir, frente al pragmatismo de don Daniel —no mártir sino el de los leones— que quería ver realizaciones efectivas. (Por cierto, hay una breve polémica entre Cosío y Octavio Paz en la *Revista de la Universidad* sobre una beca quitada a Luis Cernuda, allá por el tiempo en que Paz publicaba las entregas que formarían *Corriente alterna*, no consignada por los autores, que arroja algo de sal y pimienta al asunto.)

Para concluir, el gran tema, aparte de la historia particular de El Colegio, es el de la profesionalización de las humanidades y las ciencias sociales en México. El Colegio es un instrumento definitivo en su logro. Si se trata de que cada uno haga sonar su disco propio aunque esté rayado, tanto por personas como por circunstancias, debo mencionar el Ateneo de la Juventud y dentro de él no a Reyes, cuyo nombre ya ha sido citado muchas veces, sino a Pedro Henríquez Ureña, mentor de Cosío, amigo y guía de Reyes en los *días alciónicos*, siempre ocupado en hacer del trabajo cultural algo profesionalmente respetado, retribuido, reconocido. Postulo como abuelo de la institución a don Pedro, cuya muerte, en mayo de 1946, impidió su regreso a una casa de la que hubiera sido dios muy, pero muy mayor.

La obra breve y sustanciosa de Lida y Matesanz, aparte de cumplir con su cometido de historiar al COLMEX, como se le dice ahora, debe leerse como una seria contribución a la historia del trabajo intelectual en el México del siglo xx.

ÁLVARO MATUTE

Universidad Nacional Autónoma de México